

Y todos, todos adoradores del becerro de oro rompian abiertamente con las sábias prescripciones de la moral y minaban por su base la institucion de la familia, y secaban con su sed de riquezas la fuente de la felicidad futura, felicidad que á estos pollos toca propagar mañana: estos pollos serán los padres de familia y los que preceden á una generacion cuyo porvenir nos horroriza.

CAPÍTULO XII.

ENTRADA DE CONCHA EN EL GRAN MUNDO.

EA casa de Concha no tardó en ser lo que se llama un relicario: nada faltaba allí de cuanto puede pedir el refinamiento y el lujo, al grado de que Concha al hablar de su casa decia:

—No hay ojos con que verla.

Arturo fué más previsivo de lo que se puede pedir á un pollo.

Lo decimos, porque despues de haber llenado todos los requisitos que pudieran hacer de la casa de Concha un departamento confortable, puso al servicio de esta una aya francesa.

Madama Luisa estaba encargada de instruir á Concha en los cien mil detalles que tiene obligacion de consultar una muger á la moda.

Concha saboreaba voluptuosidades desconocidas que la encantaban, como el uso del cold-cream y del polvo de arroz aromatizado, de la esponja y del jabon de Pivert; en suma, la atmósfera de perfumes en que vivía envuelta, la embriagaba.

Madama Luisa traía de París las últimas elucubraciones del confort, y con una solicitud esquisita y verdaderamente parisiense iba haciendo de la hija de Jacobo una señorita de gran tono.

Concha, por otra parte, tenía la intuición de lo bello y era naturalmente observativa, de manera que no había objeto que la rodeara que no hubiera sido motivo de su exámen y de su contemplación.

Arturo estaba fuera de sí y positivamente enamorado de Concha: se gozaba en su obra y había tomado tan á pechos la erección del ídolo que él mismo había dorado, que empezó por volverse susceptible y hasta celoso, al grado que muchos pollos, amigos suyos, ignoraban el nuevo enlace de su amigo y lo echaban de menos frecuentemente en sus reuniones favoritas.

Este retraimiento le proporcionó á Concha adelantar considerablemente en su aprendizaje, tanto que en concepto de Madama Luisa poco tardaría Concha en estar presentable.

Pero no era así naturalmente, porque los vicios de la primera educación difícilmente se corrijen; no obstante, Concha podía pasar ya como una bonita apariencia.

A los pocos días de retiro, á Arturo empezaban á pa-

recerle las horas casi del tamaño natural, cosa que al mismo pollo le sorprendió, supuesto que las de los primeros días le habían parecido un soplo; esto unido á las bromas de sus amigos por su retraimiento, lo decidieron á tomar otro partido.

—Arturo, le decía un día un pollo, conque te casaste!

—No soy tan bárbaro, ese suicidio me parece del peor género.

—Entonces.....

—Si lo dices por Concha.....

—Precisamente.

—Que quieres, un golpe de fortuna, de esto no hay todos los días.

—Y vas á lucirla?

—Mira..... todavía no me decido, aunque al principio te confieso que pensé en el secreto riguroso.

—¡Oh! eso del secreto es fatal, es una vida llena de privaciones, ya verás como te cansas.

—Ya lo estoy viendo, pero temo.....

—¿Qué temes? vaya un calavera tímido! si la chica vale tanto como dices, vale la pena de darla á luz y sobre todo de que le formes círculo, de que des algunos téés para los amigos; cuenta conmigo, Arturo, ya sabes que no me escandalizo de nada y sobre todo sé respetar las propiedades. ¿Qué dices?

—Estaba pensando ya en sacarla: la pobrecita ha tenido una vida de privaciones.

—¡Ah! pues es justo que se divierta.

—Anoche fuimos por primera vez á Fulcheri.

—¿Tú eras? ta, ta, ta.....

—¿Como lo supiste?

—Me dijo Ruiz que habia visto á una linda jóven y á su amante acariciarse en el gabinete azul. Te vieron en los espejos, chico, ¡qué chasco te has llevado!

—¿Es posible?

—Exacto.

—Solo en los espejos, porque el gabinete azul estuvo solo.

—Vamos, eso no tiene mucha gracia, hoy ya lo sabrá la *chorcha*.

Esta palabra pertenece al caló del pollo y quiere decir reunion, pandilla ó círculo de amigos.

—Debias llevarla al teatro, continuó el amigo de Arturo, como para sacarlo de su embarazo por lo de los espejos.

—Sí, el domingo vamos, tienes razon.

—Domingo en la tarde por supuesto.

—Se entiende, todavia no me atrevo á llevarla de noche, sabes que van mis primas y todos los de mi familia, mientras que por la tarde las cocineras todas son unas.

—Bueno, chico, te felicito y es necesario que cuante antes me presentes.

—El domingo.

—Bueno.

—Pues hasta el domingo.

—Adios.

Diremos algo acerca del interlocutor de Arturo: era un pollo que se llamaba Pio Blanco y que pertenecia legítimamente á la raza de pollos tempraneros.

Tenia quince años y era por naturaleza disipado y ocioso; sabia beber, fumar y blasfemar, triple ciencia que lo privaba de saber otras cosas á pesar de los esfuerzos de su padre por hacerlo hombre de provecho.

Pio Blanco habia crecido mimado, al grado de que sus padres confesaban con un candor sin límites, que se habian declarado insuficientes para sujetar á Pio.

Este pollo habia pasado revista en muchas escuelas, porque á los quince dias de permanecer en un establecimiento, ya tenia el suficiente caudal de embustes para desprestigiar al director, y bien una riña ó alguna maldad de trascendencia, decidian su pase á nuevo colegio.

Así corrió de ceca en meca, hasta parar en el colegio militar, de donde fué dado de baja por faltas de subordinacion.

Esta última salida lo puso en posicion de declararse vago con cargo á los fondos de su papá, el señor Blanco, quien acababa de ganar un pleito, separándose de su mujer, que por fortuna no era la mamá de Pio.

Con el talisman del dinero, Blanco, padre, se alegró al grado de apurarle menos el porvenir de Pio, á quien queria tanto.

Pio, al gastar el dinero de su padre, no le pesó su conducta anterior, y Blanco padre é hijo, se apañalaron cariñosamente en el regazo de la fortuna.

No hizo más Pio Blanco que emplumar lujosamente en manos del sastre, y tomar un aire de superioridad y de abandono que hacían de él el pollo más magistralmente resuelto que se conoce.

Pio Blanco, pobre, solía tener mesura y encogimiento; pero Pio con guantes, dió suelta á su lengua, pareciéndole que ya no tenía por que callar: los libros fueron para él un abismo de letras donde no osaba penetrar jamás su perezosa imaginación: en cuanto á religión, apenas dijo al acaso soy liberal, se creyó dispensado de tener creencias, se avergonzó de haber oído misa alguna vez, y para sancionar este acto de debilidad de su catolicismo, aprendió de memoria algunas frases de un discurso de Villalobos, y acomodándolas á las circunstancias salía del paso airoosamente, según él mismo creía: hacía alarde de ser cínico y dervergonzado, y no había historia secreta de familia ni honra vacilante, que Pio Blanco no se encargara de divulgar *mutatis mutandis*.

Era de esas personas que por desgracia abundan en México, para quienes los asuntos ajenos, por poco que les atañan, son el punto culminante de sus discusiones; desmenuzan y glosan la más insignificante noticia; emprenden con un calor digno de mejor causa, una controversia sobre los asuntos privados de una familia, á quien ni saludan; y nada de lo que hay á su alrededor, por indiferente que sea, pasa sin sujetarse al tormento del análisis y del más escrupuloso exámen: emprenden sumarias genealógicas hasta dilucidar si H y R son hermanos, y

si P y N son casados: son boletines orales de cuya lengua libre al lector su buena estrella, aun cuando á nombre del sagrado de la familia y de la gente honrada haya puesto hoy el autor de esta ensalada el foco de su lámpara sobre esas larvas dañinas, para que alguna vez la víctima vea á toda luz á sus verdugos.

Pio Blanco tenía, además de todos sus títulos, el de chismógrafo triturador de honras más acabado que se conoce.

Este pollo, cuya primera edad había sido una penumbra y una negación, no tenía en su corazón ni en su cerebro noción alguna provechosa ni base moral que normara sus actos; de manera que perdido el encogimiento del pobre, aceptó de un golpe la vanidad y la desenvoltura del rico, y con todo el atrevimiento de la ignorancia afrontaba magistralmente desde la pequeña cuestión social hasta los altos problemas filosóficos.

Tal era Pio Blanco, pollo á quien vamos á ver en seguida convertirse en amigo de Concha.

En el palco intercolumnio número 1 de los segundos, apareció la tarde de un domingo en el Teatro Nacional, una joven elegantemente vestida: llevaba un traje de gró azul y blanco de doble falda hecho por Celina, y estaba peinada con una gracia y una propiedad inimitables.

El minarete de la belleza de hoy, el clásico copete de la joven estaba adornado con dos rosas pálidas, y aquella colina de cabellos y flores daba á la propietaria un aire aristocrático y distinguido: hubiera sido imposible á Casi-

mirá la bizca convencerse de que aquella dama tan blanca, tan sonrosada y tan elegante era la hija de D^a Lola, era Concha la Sacristana, como ella se había empeñado en llamarle.

Cuando en uno de esos palcos 1 ó 25 de cualquiera de los tres órdenes, aparece una de esas beldades solitarias de exhuberante y lujosa falda en una tarde de día de fiesta, la numerosa familia de pollos y tal cual gallo de pelea se ponen en alarma.

Ya barruntan que tras de la bella se parapeta algún feliz que ve con medio ojo la comedia y con uno y medio á la prenda de su cariño; ya se esperan encontrar un conocido á quien felicitar el lunes por su caza mayor; ya en fin, se hacen la ilusión de que no hay tal propietario y que la beldad es una muger que acaba de asomar en el mundo pidiendo á gritos la indispensable protección del sexo fuerte; todas estas ideas alborotan la gallera, en la que los pollos son los primeros en piar como al ruido del maíz de por la tarde.

—¿Quién es aquella azul? preguntó un pollo.

—Es de las mias, contestó otro.

—Ya quisieras.

—¿En dónde vive?

—No sé.

—Está bien vestida.

—Demasiado.

—De seguro no se ha peinado sola.

—La peinó Broca.

—¿Cómo lo sabes?

—Tengo antecedentes.

—¿A ver, á ver? dijeron varios.

—Mira, Alberto, le dijo un pollo á su compañero; vamos á poner paralelas para el asalto: desde el palco de enfrente veremos quien es el compañero de esa diosa.

—Aprobado, chico, pues al asunto.

—Vamos.

—Vamos.

Y media docena de pollos salieron del salón en un entreacto, pidieron vuelta, y subieron corriendo las escaleras de los palcos haciendo mucho ruido.

La parvada se precipitó por el tránsito de los segundos, llegó al palco número 25 que estaba vacío y entró.

—Orden, caballeros, dijo un pollo.

—No sean díscolos.

—No se le vé mas que el sombrero.

—Pero, ¿quién es? dijo Alberto.

—Si está casi sumido tras de la crinolina.

—Pero ella es encantadora.

—¿Quién será?

—Nadie la conoce.

—No es de las de.....

—Ni de las de..... agregó otro pollo haciendo una muéca.

—¡Ah, ya sé quien es éll exclamó uno; nos está viendo.

—¡Arturo!

—¡Arturo! repitieron cinco pollos.

—¡Qué maldito!

—¡Ah, hipocritón!

Un pollo tosió recio.

—¡No, hombre! exclamó uno.

—¡No seas incivil! agregó otro.

—¿Vamos á visitarlo?

—No seas estúpido. ¿Con qué derecho?

—Con cualquier pretexto.

—Anda solo.

—¿A que no vá?

—Este es *echador*.

—¡Echador! ¿quieres verlo?

—¿Apostamos?

—Lo que quieras.

—Te vas para atrás.

—Qué me he de ir!

A este tiempo Pio Blanco tocaba á la puerta del palco en que estaba Arturo; éste iba á pararse cuando Pio Blanco entró provisto de un grande alcatraz de dulces.

—Chico, vengo á que me cumplas tu palabra.

—Concha, te presento á Pio Blanco, mi amigo.

—Gracias, chico. Señorita, agregó dirigiéndose á Concha; sírvase usted aceptar estos dulces.

—Mil gracias.

—¡Qué fortuna tiene este pícaro!

—¿Por qué? dijo Concha.

—Por qué ha de ser. ¡Usted lo ama! ¿habrá dicha mas grande? Arturo, te felicito doblemente. Señorita, yo sé

que Arturo tiene muy buen gusto, y lo que es en esta vez.....

Pio se lamió los labios.

Concha bajó los ojos.

Arturo volvió la vista.

Pio volvió á la carga.

—Vamos, si es usted lo mas encantadora que se haya visto! es usted la reina del teatro esta tarde.

Era la primera vez que Concha recibia una andanada de flores de pollo, y se puso colorada: le pareció que Pio Blanco la estaba enamorando descaradamente.

Arturo lo notó y le dijo:

—No hagas caso de éste, es un loco.

—¡Y tú tan juicioso! ya sabes.

—Cabal.

—No lo crea usted, Conchita; no lo conoce usted; es lo mas enamorado y lo mas pillo.

—¡Qué tal! le dijo Concha á Arturo.

—Tú eres la que no conoces á Pio; es un calavera.

—Defiéndame usted, Conchita.

—Yo no.

—Pues me defenderé solo. Todos dicen que soy calavera, que soy enamorado, que soy pillo, y vea usted..... me calumnian: todo mi defecto consiste en ser simpático, porque ¿no es verdad que soy simpático?

Concha no contestó.

—Pues bien, continuó Pio, como si Concha le hubiese dicho que sí.—Tengo muchas amigas que me quieren mu-

cho, y de ahí sacan los envidiosos que soy enamorado. ¿No le parece á usted el colmo de la injusticia? Pero usted vá á ser mi buena amiga y me vá á hacer justicia; ¿no es verdad?

—Sí, señor, dijo Concha toda turbada, y dirigió una mirada á Arturo.

Éste se la correspondió afectando serenidad; pero realmente estaba entrando en cuidado, porque tenia que hárselas con la audacia de Pio Blanco.

A Concha le pareció oportuno hacer algo, y tomó los anteojos.

Todavía Concha no sabia tomar los anteojos, como se estila hoy: los tomó como se han tomado siempre, en la postura natural.

Arturo tiró del vestido de Concha.

Pio Blanco lo notó.

Concha no entendió una palabra: volvió á tirar Arturo. Concha le dirigió una mirada arrugando la ceja como quien pregunta: “¿qué sucede?”

Arturo le hizo un guiño con los ojos, señalándole los anteojos.

Concha se los dió.

Arturo vió con los anteojos tomándolos por delante y exajerando la posiccion.

Concha se quedó abriendo la boca, como si tal cosa.

Pio Blanco pensó:

—Se está encelando.

Concha volvió á recibir los anteojos, y al recibirlos

sintió en la mano una presion significativa de la mano de Arturo, como quien dice:

—“¡Qué tonta eres!”

Concha tradujo el apretón de este modo:

—“¡Cuidado con Pio Blanco!”

Concha se puso á ver á Concha Mendez.

—¿Le gusta á usted su tocaya? le preguntó Pio Blanco.

—Sí señor; es muy bonita.

—¡Qué diera por ser como usted!

—Tiene muy lindos ojos.

—Los de usted son dos luceros.

—Y muy bonito cuerpo.

—El de usted es mejor.

—Y un pié.....

—El de usted es mejor.

—Usted no me los ha visto.

—Es cierto, pero han de ser mejores. Se lo conozco á usted en la mano. La mano de usted es digna del pincel de Xenofonte.

—¿Xenofonte era pintor? preguntó Arturo.

—¡Hombre, cómo no! y bueno, ya sabes.

—No me vengas con tu literatura porque me apesta.

—Vea usted, Concha, qué injustos son conmigo: me sucede con mi figura lo que con mi talento. Porque me visto bien dicen que soy un Montecristo; porque soy amable que enamoro, y porque hago versos me llaman literato.

—¿Hace usted versos?

—Sí, Concha, cuando encuentro quien me inspire, lo cual es difícil. Le ofrezco á usted unos versos á sus ojos, si tú me lo permites, chico, agregé volviéndose á Arturo, porque supongo que á Concha le habrás regalado un Album. Usted perdone si la llamo Concha, pero yo soy así, no me gustan los diminutivos. Conque ¿le has comprado un Album? ¿le ha comprado á usted un Album?

—¿De retratos? preguntó Concha.

—No, de recuerdos.

—Esos no los conozco.

—Es un libro en blanco.

—¡Ay qué feo!

—¡Cómo feo! allí le escribirán los que la adoren y los que la admiren todo lo que V. les inspire.

—Yo?

—Sí.

—Los que me adoran?

—Sus amigos de V.

—¡Ah! ¿y qué escriben?

—Unos versos y otros prosa.

—Y para qué?

—Ya lo verás, dijo Arturo cortando el diálogo con impaciencia.

Esta impaciencia la agregó Concha al apretón.

—Mañana le llevo á V. su Album con mi composición á sus ojos.

—¿Pero para qué se ha de molestar V.?

—¡Concha! ¡Concha! entre buenos amigos! pero calle!

mire V. que turba está en el palco de enfrente. Mira, Arturo, te han comido el trigo, allí está la *chorcha* haciéndonos señas, allí están Pepe y Alberto.

—No les hagas caso, no veas para allá. Concha, mira la comedia.

Concha obedeció.

Pio Blanco se colocó en los asientos de atrás junto de Arturo.

—Chico, ¡qué linda es! ¡qué *pieo largo eres!* ¿pero quieres decirme de dónde has sacado á esta chica tan *come il faut?* nadie la conocía.

—Cállate, hombre, y ten moderación.

—¿Te pones serio? ¡Vaya! Ya sé á qué atenerme. En todo caso comprendo que no es de las que conocemos, ya sabes.

—A todo sales con “ya sabes.”

—Ya sabes. Te convidó á cenar. Concha, la convidó á V. á cenar, iremos á Fulcheri.

—Hombre, hombre.

—Qué dice V., Conchita? porque yo supongo que ustedes cenan, ¿no es verdad, Arturo?

—Hombre, Pio?

—No hay remedio, ya vuelvo, al terminar la comedia aquí estoy. Abur, Arturo. Concha, hasta luego. Arturo tiene la amabilidad de permitir que cenemos juntos en Fulcheri; hasta luego, hija mia, hasta luego.

—Adios, señor, dijo Concha abandonándole la mano según una lección de Madama Luisa.

—Oye, Pio.

—Nada, nada, está resuelto: hasta luego.

Pio Blanco salió y cerró la puerta.

Arturo comenzó á ponerse de mal humor:

Concha guardó silencio.

CAPÍTULO XIII.

UNA DIGRESION ACERCA DE LAS MANOS. LA CENA EN FULCHERI.

LAS MANOS. Hé aquí una parte del cuerpo humano digna, por su importancia suma, de la atención del observador.

En las manos llevamos todos escrito el nombre de nuestra raza, el grado de nuestra educacion, nuestra posicion social, nuestras tendencias, nuestros sentimientos y nuestra historia.

Si este lenguaje de las manos entrara alguna vez en la categoría de los conocimientos vulgares, la humanidad, apoyada en sus propias manos, caminaría mejor.

Esta segunda fisonomía no está, por desgracia, tomada generalmente en consideracion, y con pocas excepciones el